

por primera vez el Gran Cañón, estaba efectivamente sentado junto a una barandilla, circunstancia que razonablemente no podía haber anticipado yo.

Y debo añadir aquí que, cuando tuve aquel sueño, no tenía el proyecto de visitar América y jamás había cruzado por mi mente la idea de ver el Gran Cañón. En realidad, cuando fui a Norteamérica y crucé en tren el continente hacia el océano Pacífico, vi el Gran Cañón como resultado de una decisión de última hora, para aprovechar una oportuna parada allí en el curso del viaje. Más tarde, le hice otras visitas, descendí a su fondo y escribí sobre él en mi *Midnight On The Desert*. Llegó a ejercer una gran fascinación sobre mí, y, en mi opinión, esto explica por qué tuve aquel sueño precognoscitivo.

Antes, cuando planteé la cuestión desde el punto de vista opuesto, creo que traté con toda justicia la objeción de «coincidencia» respecto a la precognición, haciendo que pareciera tan razonable como es posible. Pero examinémosla ahora desde nuestro propio punto de vista. En primer lugar, se agita ante nuestras narices el concepto «coincidencia» como si nunca hubiésemos visto u oído hablar de tal cosa. Sin embargo, sabemos de coincidencias. Hemos tenido nuestra ración de ellas. No son una novedad en nuestra existencia. Y sabemos que se producen ineluctablemente.

Empezamos a cavilar y a formular preguntas cuando las coincidencias ya no parecen coincidencias, cuando concuerdan demasiados detalles de sueño y realidad, cuando las probabilidades contra la casualidad suben como la espuma y cuando el tono y la impresión de nuestra doble experiencia parecen totalmente distintos de cuanto conocemos en un encuentro corriente con la coincidencia. Hay un punto pasado el cual las coincidencias se convierten en otra cosa, obligándonos a exigir una explicación, lo mismo que hay un punto pasado el cual la imparcialidad científica puede transformarse en terco prejuicio.

Las personas que me digan que todo es pura coincidencia, no vieron el rostro de mi tío como lo vi yo, no vieron aquel espectáculo teatral del sueño y luego aquel primer vislumbre del Gran Cañón. Y, sin conocer ellas mismas el tono y el sabor peculiares de estas experiencias y sus extrañas emociones de reconocimiento, son como personas duras de oído que arguyesen

que los cuartetos de cuerda ejercen escaso efecto sobre nosotros.

Pero hay algo más. Desde el principio, he confesado una tendencia emocional en favor de los sueños precognoscitivos y experiencias similares. Pero cuando, por ejemplo, el profesor H. J. Eysenck, en su *Sense and Nonsense*, se desentiende de los sueños precognoscitivos de una manera que a mí se me antoja negligente, no admite tener *contra* ellos una tendencia emocional. Las personas que comparten su criterio pretenden escribir respecto a una imparcialidad científica imposible pura. Todo lo que piden, según nos dicen, es que aquellos de nosotros que somos lo bastante necios para creer en tales experiencias, deberíamos someterlas a «estudios perfectamente controlados», a pruebas de laboratorio y cosas semejantes.

Pero puede que aquí estemos moviéndonos en una esfera de experiencia que simplemente no puede ser controlada ni sometida a prueba, que se marchita cuando se la introduce en el campo de las pruebas y los experimentos científicos. (Esto no significa que nadie deba esforzarse más, como están tratando de hacer los jóvenes que dirigen el Departamento de Investigación Psicofísica en Oxford.) Y no me sorprende que los psicólogos experimentales—algunos de los cuales intentan tratar a la psiquis como si fuese un trozo de sodio—no tengan sueños precognoscitivos: sus mentes están predisuestas contra ellos.

2

Otras secciones del presente capítulo se dedicarán a los sueños, de modo que en esta sección nos tomaremos un descanso a este respecto. A los telespectadores se les pide en mi nombre que envíen no solo relatos de sueños precognoscitivos, sino también ejemplos de la influencia del futuro sobre el presente. Muy pocos de estos últimos me han sido enviados. Probablemente hay varias razones para esta escasez. Muchos telespectadores puede que no comprendiesen lo que yo me proponía. Aquellos que lo comprendieran puede que nunca hayan pensado en sus propias experiencias en función de la influencia del futuro sobre el presente. La idea puede haber resultado extraña para muchos telespectadores, y yo puedo haber incurrido en falta al no hacer que les fuese cuidadosamente explicada. Con objeto de

no incurrir en falta por segunda vez, debo ofrecer aquí algunas explicaciones.

Alguien se encuentra en un estado mental extraño, quizá se comporta de una manera rara, y a la sazón no es posible dar con ninguna razón que lo explique. Más tarde—un mes, un año, diez años—, se revela la causa de ese efecto. Debido al lugar en que estoy ahora o a lo que soy o como soy ahora, me conduje entonces de aquel modo. (Los sueños no intervienen en esto en absoluto; ahora estamos ocupándonos de nosotros como seres despiertos.) Y aunque describo este efecto en función del futuro influyendo sobre el presente, nunca puede ser entendido en el presente que está siendo influido por el futuro; solo puede ser entendido cuando el efecto está metido de lleno en el pasado y el futuro que lo influyó está ahora en el presente o el pasado inmediato. Ahora tiene que ser descubierto de manera retrospectiva, lo cual lo hace menos dramático y memorable, y mucho más difícil de seguir, que el sueño precognoscitivo.

Así, pues, eso es el efecto del futuro influyendo sobre el presente. Y para evitarnos molestias y ponernos a tono con la moda, lo denominaremos efecto FIP. Oímos o leemos muy poco respecto al mismo, porque ha de ser descubierto de manera retrospectiva y fácilmente pasa inadvertido para la memoria, además de que muy pocas personas tienen conciencia del FIP. Por otra parte, es susceptible de funcionar respecto a relaciones íntimas que la mayoría de la gente prefiere no discutir. He aquí un ejemplo, extraído de la vida privada de dos personas a quienes conozco muy bien.

El doctor A empezó a recibir informes oficiales de la señora B, que estaba al cargo de una rama de un importante departamento. No eran cartas personales firmadas por la señora B, sino los usuales documentos oficiales por duplicado. El doctor A no conocía a la señora B, no la había visto nunca, no sabía nada de ella, excepto que tenía aquella tarea determinada. No obstante, experimentó un creciente interés al recibir más y más de aquellos informes procedentes de la señora B. Y esto era tan evidente, que su secretario hizo algún comentario al respecto.

Un año después conoció a la señora B y se enamoró de ella. Ahora son un matrimonio muy feliz. El cree—y yo también, después de

haber escuchado su historia—que experimentó aquel extraño interés porque se le comunicó la relación futura; podríamos decir que una parte de su mente, no accesible a la conciencia, salvo como un sentimiento extraño, ya sabía que la señora B iba a ser tremendamente importante para él.

De manera bastante extraña—invirtiendo la situación intuitiva y usual entre los sexos—, ella no compartió ninguno de aquellos sentimientos aparentemente inexplicables, y, en realidad, le miró con cierto disfavor hasta que se hubieron visto varias veces. Pero, desde este punto de vista, ello me parece un admirable ejemplo de FIP. Y sospecho que si otras muchas personas examinasen su memoria, saldrían a la luz otros e innumerables ejemplos.

He aquí una de las cartas. Su autor es, con toda evidencia, un hombre inteligente. Hacia el final de la guerra, hallándose en servicio activo en el Este, sufrió un desfallecimiento, seguido por varias recaídas mientras estaba en la Universidad de Cambridge, después de la guerra. Posteriormente se casó y piensa que debe su recuperación definitiva a su esposa, mujer considerablemente mayor que él y ya madre de dos hijos adolescentes, tenidos de un marido del cual estaba divorciada. Pero «era una mujer animosa e inspirada, y me sostuvo firmemente», dice el autor de la carta, que no sufrió más desfallecimientos. Ambos cónyuges están felizmente compenetrados y tienen una hija común, próxima a entrar en la adolescencia. Ahora bien, durante un año antes de conocer a su futura esposa o saber nada de ella, solía él pasar ante la puerta de la casita de campo de ella en el autobús local. Y nunca hacía esto sin sentir la impresión de que se hallaba relacionado de algún modo con aquella casita. El FIP estaba actuando.

He aquí un ejemplo de distinta índole. Durante la primera guerra mundial, una muchacha que paseaba de noche por las calles de Londres se sorprendió contemplando un hospital que le era completamente extraño, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Años más tarde, se instaló con una amiga y ambas permanecieron juntas durante veinticinco años. Esa amiga cayó finalmente enferma y murió en aquel mismo hospital que, tantos años antes, contemplara la muchacha a través de sus lágrimas inexplicables.

¿Coincidencia? Pero, entonces, ¿por qué las